

- [11] Escrito por Cristina Agudelo Hernández, Antropóloga y coordinadora de la investigación: Recuperación de la memoria histórica y cultural del corregimiento San Cristóbal. Medellín 2011
- [12] Toda esta historia la cuentan Donelia Rivillas, Amparo Medina, Bernarda Medina, Stella Álvarez, Blanca Álvarez, Laura Ruíz y Rosa María González, en el manuscrito "Esta es la historia del grupo Ocaso Luminoso, corregimiento San Cristóbal", que guarda con esmero doña Donelia Rivillas.
- [13] Donelia Rivillas, entrevista realizada el 3 de febrero de 2011.
- [14] Escrito por Cristina Agudelo Hernández, Antropóloga y coordinadora de la investigación: Recuperación de la memoria histórica y cultural del corregimiento San Cristóbal. Medellín 2011.
- [15] Blanca Álvarez Álvarez, entrevista realizada el 3 de febrero de 2011.
- [16] Escrito por Marta Isabel Gómez Ruiz, periodista y asistente de la investigación: Recuperación de la memoria histórica y cultural del corregimiento San Cristóbal. Medellín 2011. Investigadora principal, Cristina Agudelo Hernández, Antropóloga.
- [17] María Dolly Bedoya, entrevista realizada el 6 de febrero de 2011.



Historias
VIVAS
 de la edad dorada

Alcaldía de Medellín
Secretaría de Cultura Ciudadana

Alonso Salazar Jaramillo
Alcalde de Medellín

Luis Miguel Úsuga Samudio
Secretario de Cultura Ciudadana

María Rosa Machado Charry
Subsecretaría de Metrocultura

Hernán Montoya Gil
Líder del Programa de Memoria y Patrimonio

Alejandro Ortiz Restrepo
Coordinador de PLPP
Secretaría de Cultura Ciudadana

Camilo Pérez Quintero
Líder del proyecto de Memoria y Patrimonio de PLPP
Secretaría de Cultura Ciudadana

Carlos Andrés Orozco Guarín
Interventor PLPP
Secretaría de Cultura Ciudadana

José Fernando Betancur
Representante Legal Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

Olga Lucía Yepes
Directora Ejecutiva Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

Realización
Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural
corpociudadrural@yahoo.com

Investigadora
Cristina Agudelo Hernández
Antropóloga

Asistente de investigación
Marta Isabel Gómez Ruiz
Periodista

Líder de Enlace
Kelly Cano
Corregimiento San Cristóbal

Corrector de Estilo
Bernardo Hoyos

Diseño y Diagramación
Sandra Muñoz Robledo (sandramunoz1@une.net.co cel.3006175763)

Fotografía
Marta Isabel Gómez Ruiz. Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

Primera Edición: CON ISBN (Falta poner cuando salga el trámite)

Impresión

Este proyecto se realiza con dineros públicos, priorizados por los ciudadanos y las ciudadanas del corregimiento San Cristóbal, comuna 60, con recursos del Programa de Planeación Local y Presupuesto Participativo de la Secretaría de Cultura Ciudadana del Municipio de Medellín.

Impreso y hecho en Colombia. Se permite reproducción parcial citando la fuente. Por favor enviar copia del material publicado a ciudadruralcomunicaciones@gmail.com

Medellín 2011



BIBLIOGRAFÍA

ARANGO VELÁSQUEZ, Gabriel Jaime. *Relaciones entre educación y cultura*. En: Revista Debates No. 44. Medellín: Universidad de Antioquia, 2005. P, 55- 66.

AUGÉ, Marc. *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998. P, 112.

VILLA MARTÍNEZ, Marta Inés. Medellín: De aldea a metrópoli, una mirada al siglo XX desde el espacio urbano. Historias de las ciudades e historia de Medellín como ciudad. Corporación Región, 2007. P, 101.

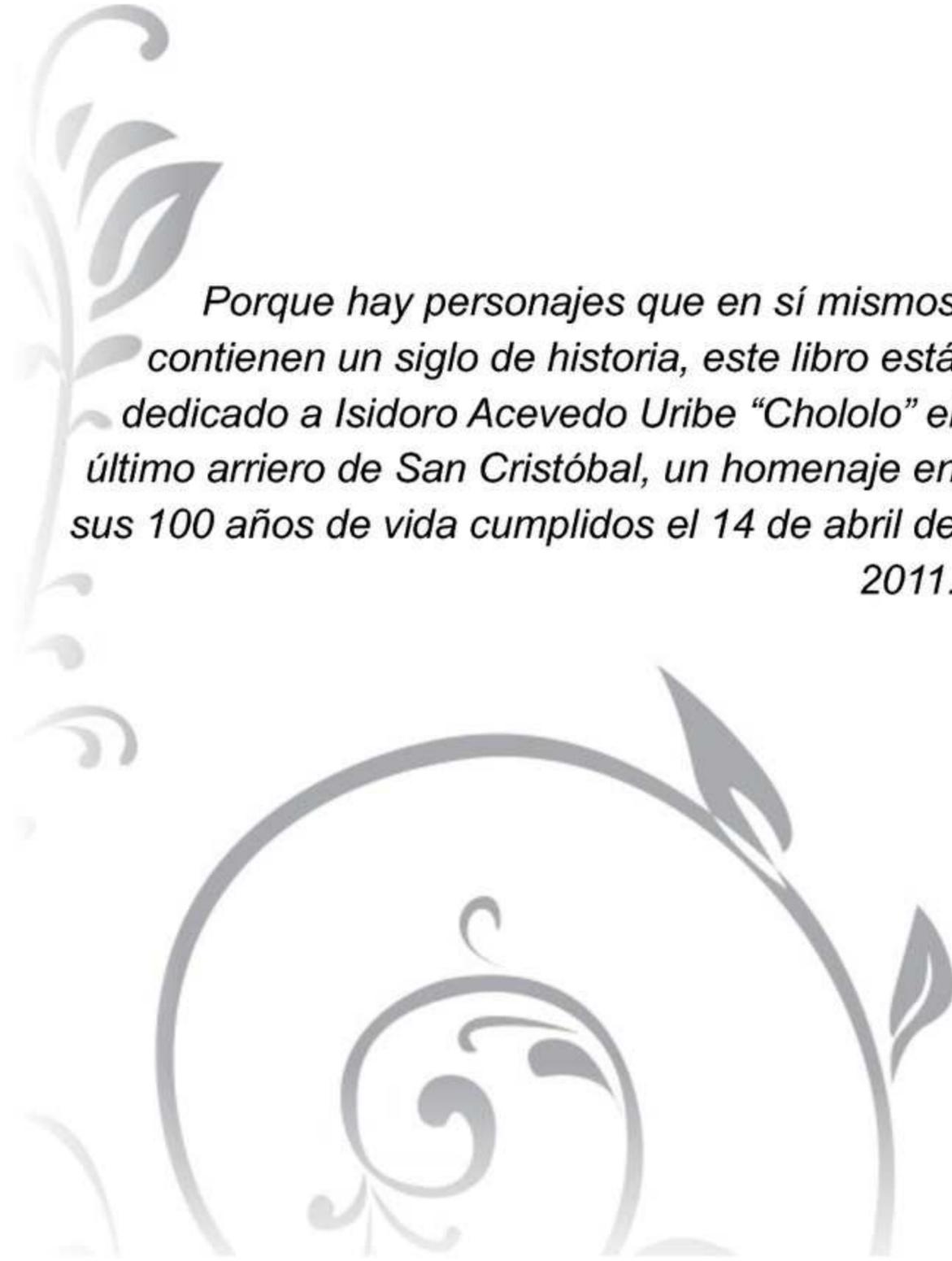
NOTAS DEL EDITOR

- [1] ARANGO VELÁSQUEZ, Gabriel Jaime. Relaciones entre educación y cultura. En: Revista Debates No. 44. Medellín: Universidad de Antioquia, 2005, P, 59.
- [2] AUGÉ, Marc. Las formas del olvido, Barcelona, Gedisa, 1998, P, 104.
- [3] Escrito por Marta Isabel Gómez Ruiz, Periodista y asistente de la investigación: Recuperación de la memoria histórica y cultural del corregimiento San Cristóbal. Medellín 2011. Investigadora principal, Cristina Agudelo Hernández, Antropóloga.
- [4] María Otilia de las Mercedes falleció en diciembre de 2010, semanas después de realizar la entrevista para esta investigación.
- [5] Escrito por Cristina Agudelo Hernández, Antropóloga y coordinadora de la investigación: Recuperación de la memoria histórica y cultural del corregimiento San Cristóbal. Medellín 2011.
- [6] Ruth Estela Ospina, Edil del corregimiento, realizada el 28 de enero de 2011 en el Museo Vivo de Las Flores, vereda La Cuchilla, corregimiento San Cristóbal.
- [7] María Ofelia Correa, realizada el 28 de enero del 2011, el Museo Vivo de Las Flores, vereda La Cuchilla, corregimiento San Cristóbal.
- [8] Escrito por Marta Isabel Gómez Ruiz, Periodista y asistente de la investigación: Recuperación de la memoria histórica y cultural del corregimiento San Cristóbal. Medellín 2011. Investigadora principal, Cristina Agudelo Hernández.
- [9] Ramón Rico, entrevista realizada el 3 de marzo de 2011, vereda Pajarito, corregimiento San Cristóbal.
- [10] VILLA MARTÍNEZ, Marta Inés. Medellín: De aldea a metrópoli, una mirada al siglo XX desde el espacio urbano. Historias de las ciudades e historia de Medellín como ciudad. Corporación Región. P. 101. 2007.



María Dolly integra el grupo de la tercera edad Luz y Esperanza, en el que desde hace quince años hombres y mujeres de los años dorados comparten una tarde cada semana, se encuentran para hablar, para mover un poco sus cuerpos. Hace un año María Dolly representó al grupo en el concurso abuelos cuenta cuentos, de la Alcaldía de Medellín, con los relatos de su madre, siempre cuenta sus historias.

Las historias de mi mamá me quedan de recuerdo. Esos recuerdos son importantes porque es una historia de ella cuando estaba joven y ahora es mi descendencia. Yo les cuento esas historias a mis nietos y a ellos les gusta, porque ellos me preguntan por el otro día, cómo era la gente y cómo vivían.



Porque hay personajes que en sí mismos contienen un siglo de historia, este libro está dedicado a Isidoro Acevedo Uribe “Chololo” el último arriero de San Cristóbal, un homenaje en sus 100 años de vida cumplidos el 14 de abril de 2011.



podía dormir, no podía comer y se preguntaba qué le pasaba. Cuando eso no existía teléfonos, ni celulares.

Detrás de él iba una mariposa blanca y cuándo se acostó en la noche sintió que una manito le pasaba por la cara, y como a la niña le gustaba sobarle la barba porque era muy suave, dijo: la niña, algo le pasó a la niña. Cuando llegó a la casa se dio cuenta. Mi papá la quería mucho y ella lo esperaba para morirse.”



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

María Dolly Bedoya con sus amigas del grupo de la tercera edad. De izquierda a derecha: Amparo Velásquez, María Eugenia Cano, Dolly Bedoya, Oliva Cano. 2011.

Era oro en polvo y mi mamá feliz, regando esa tierra porque ella no sabía. Se dieron cuenta porque un familiar les dijo: ustedes se perdieron todo esto, era puro oro en polvo que tenían guardado. Y resulta que en el campo a uno le dicen bruto, pero uno no es bruto.”

Los cuentos que María Dolly narra a sus hijos, nietos y en ocasiones a sus vecinos, son las historias de la vida de su madre, quien tuvo dieciséis hijos, quince dietas y dieciséis hijos, pues María Dolly es melliza.

Mi mamá era la de las historias, porque mi papá estaba todo el tiempo trabajando, aunque de vez en cuando se le dejaba escapar una:

“La despedida

De todos los 16 hijos se murió la segunda, y esa niña quería mucho a mi papá. Y la gente no cree que a uno lo asombren las ánimas y todo eso, pero es verdad, pero eso existe. Mi papá estaba en la arriería y a la niña le dio neumonía, tenía 15 meses de nacida, y resulta que él era desesperado por allá, por esos montes, con esos caballos; no



CONTENIDO

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	11
Isidoro Acevedo Uribe, el último arriero de San Cristóbal	18
María Ofelia Correa, un museo vivo en San Cristóbal	31
Ramón Rico, la historia de un hombre y su lugar	41
Donelia Rivillas y su labor en el Club de Vida Ocaso Luminoso	53
Blanca Álvarez de Álvarez, la primera reina de la tercera edad en el corregimiento San Cristóbal	63
María Dolly Bedoya, una heredera de historias	72
BIBLIOGRAFÍA	79



Su madre solía adornar las montañas exuberantes en las que vivían con los colores y los detalles de las flores que sembraba en los alrededores y dentro de la casa, su madre siempre ha amado las flores por eso entre las historias que cuenta María Dolly éstas no podrían faltar:

“Oro en polvo

Mi papá se llamaba Maximiliano Bedoya y era arriero; y resulta que en el campo a uno le dicen bruto, pero uno no es bruto. Pues bien, un día mi papá le cargaba tierra a mi mamá para las matas, estaba en el patio descargando una mula con abono, a uno de los animales se le fue la pata en una jarra de barro que estaba tapada con otra jarra, eran jarras grandes de orejas. De la jarra salió una tierra y dijo mi mamá:

-¡Va! Esta es tierra de jardín, quién sabe quién puso eso así.

Bueno eso se quedó así, sacaron esa tierra y mi mamá la regó por todo el jardín, ella estaba feliz.

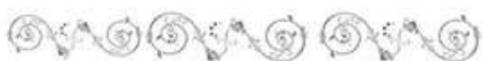
¿Pero sabe qué era esa tierra?



ella su juventud le tocó el otro día, cuando había que ir a comulgar sin pasar agua, levantarse y a boca seca ir a misa.

El otro día era todo así, pero lo que más me gustaba era diciembre, en ese tiempo vivíamos en una vereda y la gente del pueblo iba donde mi mamá nada más que a visitarle el jardín. Esa casa era de paja, las paredes eran hechas en piedrita chiquita y el techo era de hoja de caña, pero mi papá por debajo lo trillaba y quedaba hermoso. Teníamos caballos y en ese tiempo no nos poníamos zapatos, yo me vine a poner zapatos a los quince años.

Se acuerda que cuando tenía siete años rezó hasta pelarse la garganta para que el niño Dios le trajera el regalo, para ese diciembre le había pedido un pajarito que se le echaba agua y cantaba y una muñeca de carey. También recuerda que en los tiempos de las fincas solía dormir en las camillas vacías, las mismas que utilizaban en la cosecha de café para poner los granos rojos que ella con sus hermanos había cogido uno a uno para que no se dañaran.



Presentación

La Alcaldía de Medellín a través del Programa de Planeación Local y Presupuesto Participativo ha venido desarrollando procesos que aportan al fortalecimiento y reconocimiento de las dinámicas culturales y formas de relación de las comunidades. En este sentido la recuperación de la memoria hace parte de procesos donde los ciudadanos pueden comprender y resignificar, esto es posible en una ciudad multicultural que posibilita el fortalecimiento y reconocimiento de la identidad, una ciudad que apuesta en las condiciones necesarias para la transformación cultural, en términos de que todos somos artífices de la construcción colectiva de la cultura.

Precisamente consideramos que la memoria histórica y cultural está cargada de vivencias,



prácticas, tradiciones y anécdotas no sólo de individuos, sino de familias que han dejado un legado a sus descendientes. En el caso del corregimiento de San Cristóbal, cobra mucho valor el acercamiento a los adultos mayores que todavía transitan por caminos de herradura, por montañas y jardines reencontrándose con antiguos y con nuevos vecinos. Ellos llevan la memoria del corregimiento en sus espaldas y por eso al invitarlos a charlar es fácil reconstruir todo un imaginario y un sentir por el amor a la tierra que los vio nacer.

Este trabajo, cuyo eje central fue recuperar la tradición oral del corregimiento, aporta elementos muy sólidos para la construcción de un nuevo imaginario local, donde la oralidad cobra su verdadera importancia y trascendencia como legado patrimonial de generaciones ancestrales.

En cada Comuna y Corregimiento hemos visto como en estos últimos ocho años no sólo se han complementado vacíos historiográficos, sino que se han reconocido figuras claves en la fundación de pueblos, en la construcción de barrios y en el

“Mi mamá me contó las historias, ella es una mujer campesina y le gustan mucho los cuentos y los chistes, ella nos entretiene cada que habla de esas cosas que le pasaron a ella o, que le pasaron a papá o, a la familia”.[17]

A María Dolly Bedoya Posada, de 64 años de edad, su madre Esperanza Posada de 94 años la ha llamado para recordarle que tiene unos cuentos para ella. Los cuentos que narra María Dolly son historias heredadas, los paisajes y los personajes con sus aventuras, amores y miedos han sido vistos por sus ojos, ella conoce sus rostros, sus expresiones y cada que los relata los inmortaliza en su memoria y en el tiempo.

Hace 45 años vive en el corregimiento San Cristóbal, donde nacieron y se educaron sus seis hijos, de joven soñó con ser monja, pero el amor hizo que se dedicará por completo a la familia, aunque con el tiempo el amor la decepcionaría y quedaría sola con sus hijos. María Dolly es una mujer delgada y de cabellera negra, a simple vista parece ser callada pero basta una pregunta para descubrir que es una conversadora incansable. A

María Dolly Bedoya

una heredera de historias [16]



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

*"Recuperar la palabra, es recuperar la cultura.
La contadora de historias, ella es guardiana de la palabra."
Martín Román.*

emprendimiento comunitario. Pero también se han fortalecido las organizaciones sociales, barriales y culturales que con su participación han logrado trascendentales proyectos para sus territorios.

Sólo trabajando en equipo podemos lograr el beneficio común y hoy desde la Alcaldía de Medellín y la Secretaría de Cultura Ciudadana observamos con satisfacción, como en toda la ciudad se generan procesos que se consolidan y garantizan la continuidad de las políticas culturales, logrando dinámicas de inclusión que permeen a niños, jóvenes, adultos y adultos mayores, y que hacen visible nuevas formas de confianza, autorregulación, solidaridad, tolerancia y creatividad, valores esenciales para el patrimonio cultural.

Luis Miguel Úsuga Samudio
Secretario de Cultura Ciudadana

comunitaria, va desde haber criado a sus hijos, amar a sus nietos y generar lazos de solidaridad y amistad desde el grupo de la tercera edad, Ocaso Luminoso. Cuando le preguntamos que hasta cuándo iba a asistir a las reuniones del grupo nos respondió, con una convicción envidiable: “Hasta que Dios quiera, hasta que tenga ánimos y esté aliviada”.



decía... es que la hija mía primero estuvo en el reinado de los corregimientos y fue reina...entonces ella me decía: “mamá, poné cuidado que vos también vas a ser reina”. Y así fue. Al poco tiempo fui reina de la tercera edad, el primer reinado que hubo aquí y me eligieron. Ya no lo hacen con tanta pompa, porque tal vez en esa época éramos más poquitos y en esta época hay muchos grupos. Todo el mundo dice que el de más pompa fue el mío, porque fue el primero. De eso hace ya 14 años.

El recuerdo del reinado sigue vivo en la memoria de los adultos mayores del corregimiento. Doña Blanca guarda las fotografías de este evento como un tesoro. Son parte de la memoria del corregimiento pues se le dio total visibilidad a los grupos de la tercera edad.

Ella, como los demás amigos y amigas que ha encontrado, valora el poder ser parte de este grupo. Blanca es un ejemplo para las mujeres, para repensar el lugar de la mujer en el corregimiento, en la ciudad, en el mundo. Su aporte desde la vida cotidiana y la vida



Introducción



*Qué es un recuerdo sino
la lengua de los sentimientos,
un diccionario de rostros
y días
y perfumes.*

Julio Cortázar.



Hacer un libro sobre personajes de la tercera edad del corregimiento San Cristóbal, es un ejercicio que nos da la valiosa oportunidad de escuchar historias, de ver fotografías, de pasear por geografías propias que ya parecen extrañas y de recrear recuerdos. Es esta una oportunidad para



trasegar por otras cotidianidades donde no había internet, ni teléfonos celulares, ni los tiempos acelerados en los que vivimos hoy. Se escuchaban otros tipos de música, de esa que hoy llamamos música vieja pero ha logrado mantener su vigencia en el tiempo, pues trae recuerdos de noviazgos, de amistades, de labores ya casi en desuso.

Historias de alegrías y tristezas, contadas por sus protagonistas, quienes generosamente nos dan la posibilidad de entrar a sus vidas, a sus recuerdos, a sus vitalidades. En estos tiempos donde reina lo mediático y lo inmediato, cuando parece que se ha dejado de lado el legado de los abuelos y la posibilidad de conectarse con ellos, hace falta reforzar los lazos de afecto a partir de los ejercicios de memoria que permitan hacer la valoración de sus saberes, de sus vivencias, de la manera en la que reconstruyen el pasado, desde donde con un paso a la vez, han construido el presente en el que actúan como guías para las generaciones presentes y futuras.

Los procesos educativos y culturales se nutren de la memoria, del diálogo intergeneracional, del reconocimiento de realidades diversas. Así, se



que empacan cuido, y las hojas eran con tapas de gaseosa, porque un yerno mío tenía tienda aquí y los nietos machacaban las tapas y le hacían los huecos para pegarlas. Y abajo le pintaron el mar y los barquitos eran de esos paquetes de chitos, de todo eso porque era desechable.

Luego, el desfile y el acompañamiento de toda la gente del corregimiento. Hubo fiesta, música y baile, y sobre todo mucha alegría para llevar a la concursante hasta el Coliseo Cubierto, participó casi todo el corregimiento,

Yo me asusté, yo no pensaba...y entonces fue el entusiasmo de la gente. Me llevaron en carroza muy adornada y con el vestido del reinado y mucha gente, mucha gente, porque iba una chiva con música, como tremenda fiesta. Y en el Coliseo Cubierto fue impresionante. Estuvo muy bueno.

Por último, el reinado,

Eso era el escenario muy bien arreglado y lo subían a uno con edecán, como de verdad. A mí me da hasta risa, porque la hija menor me



El reinado en el que ella participó, fue el primero de todos los reinados que el corregimiento ganó en Medellín, el acontecimiento fue en 1996 y a ella y a sus compañeras les trae muchos recuerdos,

En ese momento había como 30 personas, y ahora se fue creciendo el grupo hasta 50. Y el reinado estuvo muy bien, eso fue en el Coliseo Cubierto, con todos los grupos de Medellín y fue con todas las de la ley. La Alcaldía nos dio un paseo a cada grupo.

Los representantes al reinado, que eran un hombre y una mujer, los eligieron por votación. La mayoría votó por Blanca quien se sorprendió gratamente ya que no se lo esperaba. Y empezaron los preparativos con toda pompa para la participación en él. Primero, la confección del vestido, que fue todo un evento, según lo recuerda,

El vestido lo exigían de cosas desechables. Entonces mis hijas, mis nietos ayudaron con eso... eso fue convite haciendo ese vestido. El vestido era una palmera, era de fibra, y luego le hicieron la palmera del papel con



configuran como una apuesta por recuperar experiencias para comunicirlas, reproducirlas, conjurarlas, pues “no sólo se vive sumido en el presente, sino que se vive el presente desde el pasado y se vuelve el rostro hacia atrás para aprender a vivir hacia adelante” [1].

En este libro presentamos las historias de vida de seis personajes que hoy son adultos mayores del corregimiento. Los elegimos por razones que aluden a su aporte vital a la vida comunitaria, a una historia de vida que enriquece la historia de vida colectiva, a su aporte a la creación y a la cultura y porque su vida cotidiana se convierte en un ejemplo para las generaciones presentes y venideras.

Estas historias de vida que hoy les presentamos, se lograron a partir de entrevistas que se realizaron con los personajes entre los meses de octubre de 2010 y febrero de 2011. A ellos les rendimos el más sincero homenaje y agradecimiento, y plasmamos aquí sus aportes a la memoria histórica y cultural del corregimiento San Cristóbal y de la ciudad de Medellín.



Se pueden leer en este libro las historias de don Isidoro Acevedo Uribe “*Chololo*”, quien cumplió 100 años el 14 de abril del 2011. Su historia da cuenta de la transformación del paisaje, de la transformación de la ciudad, de las prácticas culturales, de las prácticas económicas de la Medellín de la segunda mitad del siglo XX. “*Chololo*” nos habla de la arriería, de los caminos, de las costumbres de los antioqueños de antaño.

De María Donelia Rivillas quien ha trabajado incansablemente por el corregimiento y por los adultos mayores. Los habitantes la reconocen y la aprecian, pues ella es una líder que ha podido consolidar el grupo de la tercera edad “Ocaso Luminoso”. En octubre de 2008, junto con Amparo Medina, Bernarda Medina, Stella Álvarez, Blanca Álvarez, Laura Ruíz y Rosa María González, doña Donelia se dio a la tarea de escribir con su puño y letra la historia de este grupo. Aquí traemos algunos apartes.

La historia de Blanca Álvarez de Álvarez, nos recrea cómo era ser mujer en su niñez y en su juventud y cómo de alguna manera la edad le dio



Archivo Fotográfico de Blanca Álvarez.

Participación de Blanca Álvarez en el Reinado de la tercera edad, agosto 22 de 1996.

ya que crecieron se presentó este grupo y ha sido muy interesante, muy importante, hemos paseado mucho, conocido mucho.

interesaba que uno estudiara, sino que se casara. Eso es como ignorancia, que para casarse no necesitaba estudiar uno, ¿Cómo así? Yo oigo charlas de sicología, me encanta leer libros, porque una es la que lleva las riendas en el hogar. Hace bastantes años, sobre todo las [familias] de plata se iban a vivir al centro, la gente que tenía bastante plata se iban a estudiar, pero sólo hace unos 30 ó 40 años que las mujeres empezaron a estudiar.

Blanca cumplió con la tarea de criar a once hijos a los que adora y ya grandes ellos, a sus 50 años de edad, empezó a frecuentar las reuniones del grupo de la tercera edad, actividad que representó un cambio favorable en su vida, pues le brindó espacios distintos al de las labores del hogar. Ha conocido mucha gente, ha paseado mucho y además ella fue la primera reina de la tercera edad del corregimiento,

Antes del grupo, como tengo tantos hijos, once, yo me dedicaba a la casa, a los hijos y



ventajas y le permitió, por ejemplo, ser la reina de la tercera edad del corregimiento en los años noventa del siglo XX y capacitarse en temas que le han servido para su vida diaria.

Doña María Ofelia Correa, por su parte, le dio un sentido diferente a la concepción de museo. Ella le regaló a San Cristóbal el Museo Vivo de las Flores, donde deposita todo su tiempo, su dedicación y su amor, y procura que sus nietos y el maremágnum de personas que la visita a diario, afiancen su sentido ecológico y retornen a la relación armónica con la tierra.

La historia de Ramón Rico es la de un líder que heredó de su padre el gusto por el quehacer comunitario. Su historia habla del pasado de Pajarito y de cómo se ha transformado en los últimos 10 años. A través de sus relatos se hace un viaje por una historia que para muchos es lejana, de caminos destapados y lámparas de higuierillas, hasta llegar a la historia más reciente de edificios y nuevos vecinos. Su relato de vida es un fragmento de la historia de la vereda Pajarito, en la que ha vivido toda su vida.



María Dolly Bedoya del grupo de la tercera edad *Luz y Esperanza*, quien cuenta hoy con 64 años de edad, guarda en su memoria las historias que su mamá, una mujer campesina de 94 años, le ha contado durante todos estos años. Son historias que hablan de la cotidianidad de la mujer del campo y a las que Dolly sabe ponerles gracia de cuentera, narrándolas como si fueran relatos de ficción, pero que son una realidad que muchas mujeres de San Cristóbal comparten.

Estos seis personajes nos llevan al pasado, reflexionan sobre el presente, miran hacia el futuro. Ellos nos hacen reflexionar acerca de lo que hemos olvidado y que deberíamos retomar sin pensarlo dos veces, pues, como lo dice Marc Augé:

El olvido nos devuelve al presente, aunque se conjugue en todos los tiempos: en futuro, para vivir el inicio; en presente para vivir el instante; en pasado, para vivir el retorno; en todos los casos para no repetirlo. [2]

Esperamos que quienes lean este libro recuperen el tiempo perdido con sus padres y abuelos para



estudiaran los hombres. Yo tengo un hermano que es ingeniero químico y la menor que es monja, pero las mujeres no alcanzamos a estudiar.

Blanca siempre ha considerado que es importantísimo que las mujeres tengan la posibilidad de estudiar, de capacitarse no sólo para el empleo, sino para la vida. Estudiar les da a las mujeres autonomía, pues a veces, las que dependen de sus familias o de un hombre tanto económica como afectivamente, es porque casi nunca tienen una opción diferente. Ella nunca renunció a su sueño de estudiar, y en cuanto tiene la oportunidad, participa de conferencias, cursos y capacitaciones.

Como ella misma lo cuenta, la situación de las mujeres antes era muy difícil. Su destino era específico y marcado por los quehaceres del hogar. Blanca cuestiona esta manera de ver a las mujeres, pues para ella es claro que las mujeres de su época deberían haber tenido otras oportunidades:

Anteriormente, a los padres no les



Blanca es una mujer de 78 años de edad, de ojos claros, carácter amable y cálida en su trato. Ha pertenecido al grupo de la tercera edad Ocaso Luminoso, desde su fundación. Pertenecer a este grupo le dio otras posibilidades, como ella misma lo cuenta, pues en el tiempo en el que no se reúne con sus compañeros, se dedica casi exclusivamente a las labores del hogar.

De sus años de niñez, recuerda con mucho cariño la época en la que estudió en la escuelita de San Cristóbal, hasta quinto grado de primaria. Después empezó su bachillerato en el colegio de las Carmelitas, de donde su papá la retiró, pues no consideraba que hacía falta que las mujeres estudiaran. Ellas habían nacido para casarse y no era necesario que se instruyeran, según lo dictaban las costumbres de la época. Pero Blanca, poco conforme con esta decisión, no dejó de dolerse por no haber podido estudiar como lo hicieron sus hermanos,

Me dio muy duro –cuenta-, porque como en la casa yo era la mayor de las mujeres, entonces a los viejos no les interesaba que uno estudiara mucho y les gustaba más que



que indaguen el pasado y sobre todo, para que reafirmen los lazos de solidaridad y afecto. Por ello, este libro está dedicado a todos los adultos mayores que han dejado su legado para que el corregimiento y la ciudad sean hoy lo que han llegado a ser. ¡Disfrútenlo!

Cristina Agudelo Hernández
Antropóloga

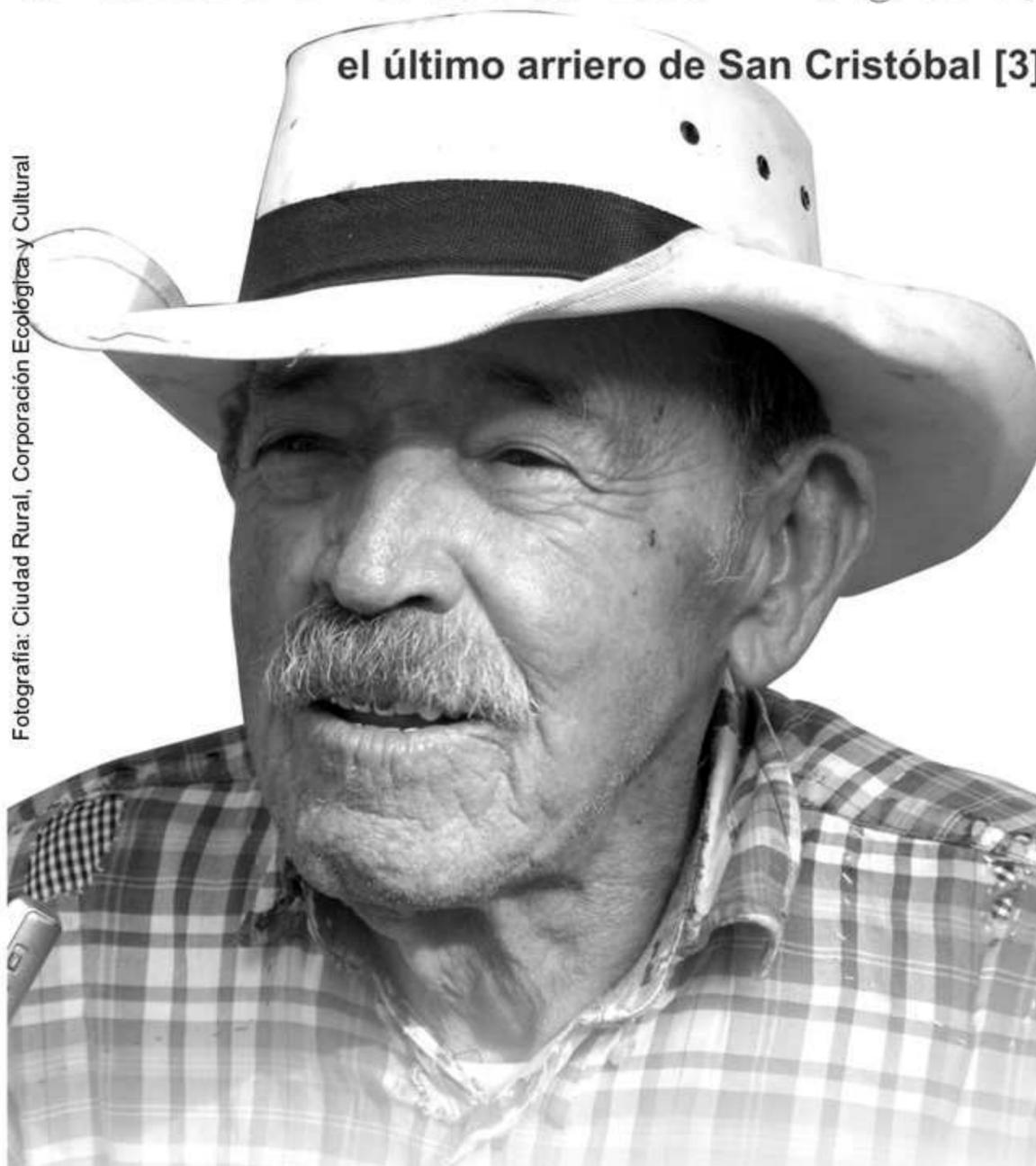
Marta Isabel Gómez Ruíz
Periodista

Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural



Isidoro Acevedo Uribe,

el último arriero de San Cristóbal [3]



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

"(...) la memoria que es susceptible y no le gusta ser pillada en falta, tiende a rellenar los olvidos con creaciones de realidades propias, obviamente espurias, pero más o menos contiguas a los hechos de cuyo acontecer sólo le quedaba un recuerdo vago, como lo que le resta del paso de una sombra."
José Saramago. *Todos los nombres*



Blanca Álvarez de Álvarez

la primera reina de la tercera edad
en el corregimiento San Cristóbal [14]



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

"Las mujeres reales, no las de la literatura, no podían ser escritoras, científicas o sobresalir de alguna manera, porque a las mujeres se las encerraba con llave, les pegaban, les elegían el marido y las zarandeaban... apenas sabían leer, apenas escribir y eran propiedad de su marido. La libertad intelectual depende de cosas materiales, la poesía depende de la libertad intelectual; las mujeres siempre han sido pobres desde el principio de los tiempos. Por lo que hay que tener 500 libras al año, una habitación propia con erradura y acceso a una biblioteca para arribar al mundo y no permanecer sola en casa y ser zarandeada".
Virginia Woolf.



Ocaso Luminoso se ha convertido en un ejemplo de interculturalidad en el corregimiento, pues ya no hay disputas ni discriminación por religión, política, discapacidad, elección sexual. Allí convergen las personas donde se abre espacio para discutir temas de toda índole, de manera sosegada y tranquila, pero con el ánimo de la reflexión sobre el aquí y el ahora que viven. Si oran, oran todos sin distinguir religiones pues para ellos, Dios los escucha por igual.

Por último, le preguntamos a doña Donelia por el legado que le dejaban ella y su grupo a los y las jóvenes del corregimiento, y nos respondió sin vacilar,

Trabaja y lucha mientras tengas el pelo negro, para que disfrutes cuando tengas el pelo blanco". Y es la verdad cuando usted esté joven va a tener ganas de trabajar, pero entonces usted ahorra, se hace a su vivienda. Que es lo que uno le debe de decir a los jóvenes, que luchan, que trabajen, que ahorren, para que tengan una vejez tranquila. Yo no concibo un viejito de 50 años pagando arriendo.



En su brazo derecho, sobre la piel que se deja caer, está tatuado en color azul "VDCA", Virgen del Carmen favoréceme, es lo que significa. Él no recuerda la fecha en que nació, pero sí que su mamá en un cuaderno tenía anotado las fechas de cumpleaños de todos sus hermanos y, por supuesto, la de él, pero entre tantos ires y venires se perdió. Finalmente en la cédula que su hija guarda, dice que José Isidoro Acevedo Uribe nació el 14 de abril de 1911.

"Chololo" como conocen a Isidoro Acevedo, tiene 100 años, 1.70 m de estatura. De rostro delgado y quemado por el sol; es de ojos pequeños y saltones; cabello canoso y siempre usa sombrero, preferiblemente blanco. Tiene un diente de oro que cuando se ríe le da un aire picaresco y de antaño a su rostro; de arrugas en la frente, en las expresiones de la risa y en las manos; tiene cicatrices en los dedos, tallados por el azadón y el lazo. Fue arriero, agricultor, celador y un eterno enamorado de las mujeres. Recorrió los pueblos del occidente antioqueño en mula y algunas veces



a pie. Es el último arriero del corregimiento de San Cristóbal y quizás de Medellín, los demás ya murieron. Él mismo lo reconoce.

Los viejos de antaño son hombres de roble, así es “Chololo”. Camina derecho, sin más apoyo que el de su perro “pacho”, que lleva amarrado con una cabuya a su cintura, saluda a la gente por su nombre, le coquetea a las mujeres con poemas de Julio Flores y una que otra vez remueve la tierra del solar de su casa, como para que ella no se olvide de él y él tener su recuerdo en el marco negro que queda entre sus uñas.

¡Oiga bien! Estaba en la edad de los 20 y “Chololo” ya se hospedaba en la posada de Pantanillo, venía del occidente antioqueño con una recua de mulas cargadas de comida, ropa y otros chécheres para la ciudad. Pantanillo era una casa grande de tapia y madera que tenía “un potrero en el que amanecían alrededor de 300 mulas, eso era, ¡oiga bien!, era posada de grandes”. “Allí se comía lo que quisiera. ¡Vea! que alzaban una paila de cobre con catorce puchas de frisol y le echaban una banda de tocino carnudo” y se comía a cualquier

De Ocaso Luminoso se han ido cuatro: Imelda Quiroz, Carmen Emilia, Anita, Rosa. Cuando murió la primera, yo le hice hasta un altar y el día en que nos tocó el grupo ese día le hice la novena, y la hermana no volvió porque ella siempre veía la silla donde ella se sentaba y le daba mucho dolor y nostalgia. Ya con esta experiencia ya sólo se va al entierro, colaboramos todas con el ramito, vamos a una novena y cuando están enfermas las visitábamos.



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

Ocaso Luminoso, grupo de la tercera edad del corregimiento San Cristóbal.

en el que se está joven, para que se pueda descansar en el presente en el que se llega a la vejez y saber llegar con dignidad,

Yo estoy feliz de haber llegado a esta edad, uno joven piensa en trabajar, conseguir algo para el futuro, los que tienen mala cabeza piensan en trabajar y disfrutar lo máximo, pero en cambio cuando una llega a vieja y ha trabajado, y ha ahorrado y tiene forma de vivir tranquilo, júntese con los otros viejos y póngase a charlar y pasear. Esa es la vida que nos merecemos después de los cincuenta.

Este es el mensaje que ella deja diariamente en el grupo Ocaso Luminoso y sueña que en cinco años el grupo pueda contar con un lugar más grande para recibir a más y más adultos mayores, pues en este momento hay una lista de más de 20 personas esperando entrar. Es un aliciente para ellos y ellas, y además no se dejan de acompañar si por enfermedad tienen que dejar de asistir. En los años que lleva el grupo les ha tocado despedir a varias de sus compañeras a quienes conservan vivas en su memoria,



hora, a las nueve de la noche o la una de la madrugada, a la hora que se llegara. Aunque “Chololo” y otros arrieros llevaban en sus tulas, envueltos entre bolsas y papeles, pedazos de carne y arepas para comer.

Y llegaban los arrieros y detrás de ellos, también llegaban las “tías”; es decir, las muchachas. ¡Oiga bien! Es que en Pantanillo había una pareja de muchachas para pilar maíz, “tenían manos de guayabo herrado” y hacían de un día para otro entre 400 y 500 arepas. Y aunque “Chololo” no lo dijo, también había muchachas para otras cosas, “tías” para bailar y hasta para enamorarse. Él se ríe de lado, dejando ver sólo su diente de oro, insinuante y prudente, como todo un señor.

Eran las diez de la noche en la posada de Pantanillo y las tías soltaban el pilón, después de haber machacado catorce o quince puchos de maíz, pues al arriero antioqueño no le podía faltar la arepa. Y con la caída del pilón se marcaba la hora del baile y el entablado de la casa empezaba a sonar a pasillo fiestero y bambuco. Llegaba más gente, más parejas y se armaba el baile más



verraco conocido de guitarra, pito y lira. Y cogía esa señora, dueña de la posada, la guitarra y decía:

“Aguapandona Carlina, aguapandona de Carlota que así lo aguapandona los negros de Girardota”, y sobraba el aguardiente y no faltaban los San Antonio.

Aguapandona, aguapandona. Se iba la noche, entre el baile y el aguardiente que el San Antonio muy bien guardaba debajo de su túnica. Aguapandona, aguapandona. La dueña de la posada tenía debajo del San Antonio el aguardiente de contrabando que se traía de occidente y con el que la noche se remataba. Aguapandona, aguapandona. En medio del baile y con San Antonio de testigo se decía la novena de las solteronas:

Pedro pasó por aquí, él me miró y yo también. Yo resuelta a darle el sí pero él no me dice nada. San Antonio bendito socórreme con matrimonio que estoy desesperada.



voy digo que soy representante de Ocaso Luminoso.

Otra cosa que me da mucha alegría, es que nosotras éramos todas mujeres y con camándula en mano, pero siempre: “yo me voy a ir ligero porque tengo que hacerle comida a mi esposo”, “es que él toma algo a las cinco”. Entonces yo decía, “qué tan bueno que se vincularan los señores también” y ya tengo bastantes matrimonios. Ya no tiene ella que correr. Me gusta mucho, porque mientras más hombres haya más hombres se van animar a entrar. Mi esposo era uno que cuando yo me iba a pasear y le decía que no lo podía llevar porque era sólo para la tercera edad. Hasta que llegó mi cuñado y dijo que él sí iba a entrar, entonces mi esposo dijo que él también. Ahora están muy felices y colaboradores. Este año yo les dije que iba a ser prioridad el puesto para el cónyuge.

Doña Donelia reflexiona sobre su vejez, sobre la solidaridad y la compañía en esta etapa de la vida, sobre todo en poder ser previsivo en el momento



compañeras, porque son compañeras de toda la vida. Hay personas que me han dicho, “yo quedé viuda, en una soledad tremenda”, se entregan del todo al grupo y eso las saca adelante, el grupo los saca de la angustia, la soledad y la tristeza.

Y los médicos ahora están recomendando al adulto mayor que esté en el grupo, por el ejercicio, porque la vida sedentaria los acaba más pronto. Y la gente animada para entrar es mucha, desafortunadamente el espacio que nosotros tenemos es muy pequeño y aquí en San Cristóbal no hay una sede del adulto mayor, pero donde uno pudiera recibir a todo el que llegue, este grupo sería más de cien.

Para doña Donelia, el grupo es un espacio importante para las mujeres y para sus esposos, pues se ha generado un cambio vital en la manera de relacionarse y de visibilizarse,

Yo como nací con la chispita del liderazgo, a mí lo que más me gusta es que mi grupo sea reconocido, y me he dado a la tarea de darle mucha publicidad, a toda reunión que



Aguapandona, aguapandona. Esa lira que alborotaba y esa guitarra que repicaba alentando los ánimos de los arrieros y las muchachas que devotas de San Antonio veían salir de su hábito el aguardiente que se acababa con la noche.

Y suelta “Chololo” la risotada, esa que le hace lucir el diente de oro, él continua en la fiesta, bailando, saludando a hombres viajeros de manos gruesas, viendo pasar a las muchachas con olor a maíz y rubor, que mientras bailaban repetían la oración de San Antonio al oído de los arrieros, aunque al otro día no las recordaran porque los arrieros eran aventureros de los caminos y los montes, siempre pensando en el siguiente viaje.

Eran las seis de la mañana de ese 1931 y amanecía el día para “Chololo” y con él las obligaciones. Juntaba sus mulas y las enjalmaba, guardaba las herramientas, entre ellas las herraduras por si había que “calzar a las mulas en el camino” y por último la comida para los animales, el maíz y la panela. Se llevaba la mano al sombrero, para asegurarse de que lo tuviera, cogía su tula en la que guardaba un pedazo de panela para el camino, el poncho y estaba listo



para emprender, una vez más, el viaje.

Un campesino hizo sonar la corneta que anunciaba la hora de salida; por el camino empedrado y pantanoso taconeaban las pisadas de sus mulas y de las 60 de Juan de Dios Ramírez, quien en ese entonces tenía la mulada más grande. Con él viajaron: Misael Salinas, Jorge Acevedo, Carlos Enrique Acevedo, Luis Emilio Acevedo, arrieros de la vereda El Llano y Tobías Uribe de la vereda Travesías. Estos hombres y casi 80 mulas emprendieron la ruta hacia el occidente antioqueño; Sopetrán, Santa Fe de Antioquia, Frontino y Cañas Gordas eran algunos de sus destinos.

El pantano pintó el cuerpo de los animales y los arrieros. El hambre y el cansancio los hizo parar más de una vez, en esas ocasiones “Chololo” aprovechó para tomar agua y comer panela, había desayunado pero su segunda comida sería cuando llegara a una posada. “Era un trabajo muy duro, muy duro. El arriero desayunaba, comía bien y no más”. Su sudor y el de los animales se le pegaron a la ropa y a la piel. Y una que otra noche los sorprendió la lluvia y el frío obligándolos a parar.



conocer en muchas partes, somos 63 y no he podido recibir más por el espacio. Hay mucha gente que quiere entrar, se entusiasman mucho y más ahora que el INDER nos mandó profesor. Primero yo hacía la gimnasia o una compañera que había estado en un curso, pero ya cuando llegó el INDER hice inscribir al grupo y desde entonces nos tienen profesor. Muy importante porque es una persona profesional para darnos la gimnasia [13].

En una conversación con varias personas de este club de vida, le preguntamos por cómo le cambia la vida a una persona de la tercera edad que ingresa al grupo, y nos contestó,

Los grupos sirven para las personas que estamos afligidas, para las personas enfermas. Hay una señora que tiene Alzheimer, a ella se le olvida todo menos el grupo, cuando estaba enferma estaba preguntando por el grupo. Ella se llama Marta Moro...entonces le digo que a pesar de sus cosas ella es feliz cuando viene al grupo, se siente muy bien con todas sus



gigante, quien desde 2003 asumió el cargo como directora de Ocaso Luminoso. Ella es líder comunitaria de San Cristóbal, desde que llegó al corregimiento en la década de 1980. Al preguntarle por su labor con el grupo dice,

Yo he tenido mucho esto del liderazgo, entonces tenía muchas ganas de entrar a un grupo pero no había tenido la edad, entonces cuando ya cumplí la edad me vine una vez para la iglesia. Yo llegué en un momento de crisis del grupo, porque la coordinadora estaba enferma y ya las compañeras habían perdido el ánimo y se fueron alejando. Cuando yo llegué había 10 personas, entonces alguien sabía de mi liderazgo, porque ya me había visto trabajar con un grupo de niños que tenía, unánimemente dijeron todas que dirigiera el grupo yo.

Yo les dije que “con mucho gusto, pero que viniera la señora y me entregara formalmente”. Y cuando la señora se alivió un poco, vino y me entregó el grupo, eso fue como en el año 2000. De ese entonces para acá lo he estado liderando, lo he hecho



Para ser arriero “Chololo” necesitó tener buenas mulas y agarrar bien. Eso lo aprendió de su padre Carlos Enrique Acevedo, de quien también heredó la arriería, la fuerza, el amor y la sabiduría de no hacer negocios en compañía.

El viaje llegó a demorar hasta diez días, transitaron por caminos estrechos, oscuros y solos, en algunos murieron los animales y en otros el diablo aprovechó la noche y les hizo erizar la piel, alboroto las mulas y pinto la neblina tan blanca, tan blanca que no les dejaba ver el camino; mientras tanto “Chololo” decía en voz alta las oraciones de la virgen del Carmen porque el diablo no resultaría más bravo que él.

Sus encuentros aún se escuchan por los caminos, entre las montañas, y quienes los escucharon los relatan como las grandes aventuras. En “Chololo” persisten esos azares del destino 70 años después.

Cada viaje era una larga travesía con posibilidades de enfermarse e incluso de morir, pero superado el cansancio y el diablo “Chololo” siempre deseaba volver a San Cristóbal, la tierra





Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

Isidoro Acevedo Uribe "Chololo" y en el fondo, su esposa María Otilia de las Mercedes. 2010.

donde lo esperaba el amor. Y aunque en sus viajes tuvo amores, sólo una mujer llegó con él hasta los 99 años, el aliento no le alcanzó para acompañarlo hasta los 100.

fue como se bautizó el grupo con el nombre de Ocaso Luminoso, según la votación de la mayoría.

El grupo se sostiene con fondos que se recolectan entre los integrantes del grupo, *Primero llevaban una moneda cada ocho días. Luego se optó por hacer un algo cada mes. Y hace algún tiempo, nos pusimos de acuerdo en jugar un bingo cada ocho días. Este grupo se ha caracterizado por ser muy alegre y de participación activa en los diferentes eventos que se realizan.*

Con mucho cariño recuerdan al padre Andrés, pues las animó a conformar el grupo que hoy las acoge. Una de las señoras cuenta que,

El padre Andrés nos llevó a muchas partes, nos daba el almuerzo, nos daba reuniones sobre la biblia. Fuimos a Sucre, a Bolívar, a Jardín. Toda la vida se han recogido los fonditos, los bingos. Hacíamos rifas, algos, usted daba el pan y luego lo compraba.

Desde entonces el grupo ha tenido muchas directoras. La primera de ellas fue la señora Idalia Vélez, la última y vigente Donelia Rivillas, una señora de estatura pequeña con un corazón

Cierto día el párroco, de San Cristóbal, Andrés Jaramillo hizo un paseo con las señoras que pertenecían a los diferentes grupos parroquiales. Este paseo se hizo a Cisneros, donde pasamos un día muy divertido [12]. Así empieza la reseña que del Club de vida Ocaso Luminoso escribió Donelia Rivillas junto con Amparo Medina, Bernarda Medina, Stella Álvarez, Blanca Álvarez, Laura Ruíz y Rosa María González.

Cuentan ellas que al finalizar el evento “y teniendo en cuenta lo bien que lo habíamos pasado, nos sugirió conformar el grupo de la tercera edad vinculado a la Pastoral Social de la Arquidiócesis de Medellín”. El grupo inicia el doce de octubre de 1986, y su primera directora fue Idalia Vélez. En ese momento las dieciocho integrantes contaban con la guía espiritual del padre Andrés.

El grupo estuvo adscrito mucho tiempo a la parroquia del corregimiento, pues su lugar de reuniones era precisamente el salón parroquial, donde permaneció desde su fundación en 1986, hasta el año de 1997. Cuentan las autoras que el nombre y el escudo lo eligieron por concurso, así

María Otilia de las Mercedes [4], siete años menor que él, nació el 18 de septiembre de 1918 y murió a los 92 años.

Ella lo miraba fijamente y sonreía cuando él hablaba. En ocasiones, sin que nadie la viera, repetía en voz baja lo que él contaba, después de tantos años ya conocía sus palabras, sus historias y, aún así, parecía seguir saboreándolas en cada frase que repetía.

Ella tenía 18 y él 22 años cuando se casaron. Tuvieron seis hijos, pero no recordaba cuántos nietos y bisnietos tenían. Se conocieron en la escuela y ella como que se enamoró de él y él de ella. Pero ella era tímida y cada que Isidoro la visitaba para conversar se hacía detrás de la puerta, así fueron las primeras semanas. Él llegaba con una caja de confites, que valía 15 centavos y traía como 40, y se la entregaba a la suegra para endulzarla. “Esto fue hace nadita, como en 1950”.

En su casa, su mamá me hacía unas meriendas con empanadas y pandequesos, que yo guardaba en el bolsillo para el otro

día desayunar. Cuando nos casamos nos quedamos viviendo con la suegra y para suegra no hay marido bueno.

El viaje de ese año de 1931 terminó. Con el tiempo se acabaron todos. Isidoro tampoco recuerda la fecha en que esto pasó, quizás cuando hicieron las carreteras y los carros empezaron a llegar a los pueblos con las mercancías. Ya no volvió hacer largos viajes, no volvió al occidente antioqueño. Lo único que no desapareció fue el amor.

Antes, sus novias, sus enamoradas, los “arreglos de matrimonios” que hacía a los más conocidos, Otilia su amor de toda la vida. Hoy su amor por “pacho” que al escuchar ¡chu, chu venga! alza la cabeza y se hace a su lado.

Pacho a donde llegaba lo echaban. Era una tarde cuando bajaba por aquí y le dije: venga. Él se arrimó, le di comidita y se quedó.

“Chololo” le puso nombre porque el animal no tenía. Duerme adentro de la casa y en ocasiones lo acompaña detrás del bus hasta San Javier, cuando él viaja al centro de Medellín. Desde



Donelia Rivillas

y su labor en el Club de Vida
Ocaso Luminoso [11]



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

*“Las maravillas últimas se acaban pero quedan sus huellas imprecisas
junto al álamo seco a menudo las manos se azoran /destempladas
pero los dedos pálidos/endeble/ inseguros
todavía se atreven a desafiar el fuego.”
Mario Benedetti, Pasos*



toquen a su puerta para invitarlo a un bautizo o como cuando sus vecinos le celebraron el cumpleaños en la sede comunal.

Le dicen Ramón Rayo porque anda mucho, es un bailarín apasionado y cuando va por la calle lo saludan por el nombre tanto niños, jóvenes y adultos, a cualquier pregunta sobre Pajarito él sabe la respuesta, la suele dar con fecha, actores y un acento reposado que le da carácter de solemnidad a su conocimiento.

Contar su historia es una manera de narrar una vereda que en ocasiones se olvida entre los nuevos edificios que se alzan y que ahora dibujan otros paisajes. Ramón Rico permanecerá en Pajarito en la casa que su padre Francisco compró en 1923, hoy con otras paredes y otros techos, y cada mañana cuando los pájaros canten deseará caminar por su vereda para seguir haciendo parte de su historia.

aquella tarde “pacho” no se ha ido de su lado.

Isidoro Acevedo ya no volvió a hacer largos viajes, ahora permanece sentado en su casa ubicada en Palenque un sector del corregimiento San Cristóbal, a donde llegó de la vereda El Llano en 1980 con toda su familia. Sembró una huerta, y allí se quedó para siempre. La casa de Isidoro es pequeña y está de cara a la quebrada La Iguaná, que aunque no puede verse desde allí, sí se alcanza a escuchar su corriente caudalosa.

La casa era de Manuel Maya, arriero como él y como su papá. Desde los siete años la visitaba y hoy 93 años después la habita como una manera de no dejar su historia y quedarse atado a ella. Hoy de sus paredes cuelga algunas fotos, en sus rincones guarda objetos que son el recuerdo de sus años de arriero, quizás una herradura se esconda por ahí como talismán de la buena suerte.

Entre los caminos que recorrió cuando era arriero, vio al diablo, fantasmas y fue testigo de hechos fantásticos y que pocos creerían. Es un

conversador incansable, tantas historias como años de vida.

Ahora “pacho”, su fiel amigo, duerme en el patio a la entrada de la casa. De “Chololo” pocos saben que se llama Isidoro Acevedo y que es el último arriero de San Cristóbal, quizás de Medellín.

Sí, el último arriero porque todos murieron, mi papá, mis hermanos, mis vecinos y mis amigos. Ya todos murieron.

“Chololo” con su perro “Pacho”. Palenque, corregimiento San Cristóbal. 2010.



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

Su historia y la de la vereda suele contarse cada semana entre los setenta integrantes del grupo de la tercera edad Feliz Atardecer, historias comunes que se cuentan en la piel con pliegues que guardan el pasado, en los pelos canosos y en los ojos que espontáneamente reflejan imágenes de un paisaje de antaño. Feliz Atardecer inició en 1995 con doce integrantes y dieciséis años después son setenta personas de la tercera edad que se encuentran para hablar, para hacerse compañía, para no olvidar sus historias y para no olvidarse unos de otros.

En 1995 Ramón Rico fue condecorado como líder mayor sobresaliente: “el liderazgo no se compra, ni se vende, sino que nace y se hace en la persona” fueron sus palabras de agradecimiento. Luego en 1997 recibió la medalla al civismo Ricardo Olano, otras menciones como adulto mayor constructor de participación y la más reciente en 2010 la medalla Gilberto Echeverry Mejía lo hacen un hombre reconocido. Pero quizás tantas medallas y méritos no sean tan gratificantes para Ramón Rico como el saludo de la gente o las preguntas de los estudiantes sobre la historia de Pajarito o que



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

muchas energías, porque de lo mismo que cultivábamos en nuestras parcelas nos alimentábamos, entonces eran legumbres, revuelto y todo era de calidad y además el aire puro que toda la vida he respirado en Pajarito.



María Ofelia Correa

Un museo vivo en San Cristóbal.[5]



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

*"Todo se hunde en la niebla del olvido pero cuando la niebla se despeja el olvido está lleno de memoria"
Mario Benedetti, Ah las primicias.*



María Ofelia Correa tiene 64 años de edad y durante toda su vida ha vivido en San Cristóbal. Su casa siempre está de puertas abiertas para los visitantes que vienen de todas partes, pues su casa, el Museo Vivo de las Flores, en la vereda La Cuchilla, es la casa de todos. Es una hermosa casa campesina donde abundan las flores de todos los tamaños y colores, que hacen juego con la amabilidad de sus habitantes.

Su pasión por las flores, fue creciendo en ella desde que tenía siete años de edad, por lo cual su conexión con la tierra y con el corregimiento crecieron también. Hace seis años, es decir en el año 2005, empezó a apostarle al vivero como una iniciativa de sustento, pero también como una posibilidad de afianzar su forma de vida en armonía con la naturaleza.

Para ella y para los vecinos de San Cristóbal, es una alegría el que hoy esta iniciativa se haya convertido en un Museo Vivo para el corregimiento San Cristóbal. María Ofelia ha hecho durante seis años una labor que complementa y transforma la visión tradicional de los museos. Es, como los



las calles y hasta para ayudar a los vecinos a levantar sus casas,

De la iglesia pusimos la primera piedra el diecinueve de agosto de 1964, porque la Junta de Acción Comunal gestionó la donación de una finca de diecisiete cuerdas del señor Pedro Luis Restrepo Botero. De ahí prácticamente para la construcción se hizo con rifas, empanadas y la comunidad puso sus manos y trabajo con lo que se levantó la parroquia que se llama San Francisco de la Paz.

Hoy es un hombre bajito, robusto, moreno y con 80 años cumplidos que camina por las calles de la vereda, advirtiéndolo aún cada cambio en el paisaje, y al ritmo de sus pasos están los saludos de sus vecinos. Desde las siete de la mañana está de pie, pendiente de las actividades para hacer con la Junta de Acción Comunal, El INDER, la Institución Educativa que ahora tiene todo el bachillerato, la parroquia o el grupo de la tercera edad Feliz Atardecer,

Yo con los 80 años que cumplí todavía tengo



atrás el niño de quinto de primaria y por los caminos de Pajarito un joven formado y con otros sueños llegaba.

Un doce de febrero de 1964 aparece como la fecha oficial en que se conformó la Junta de Acción Comunal, pero en realidad todo había empezado antes, desde que en la gente apareció el sentimiento común por organizarse. El primer presidente fue Hernando Gómez Holguín, luego llegó Francisco Rico, el padre de Ramón, de quien heredó el gusto de pensar en el bien común,

Mi papá me decía: ¡Negro, nos va ayudar hoy que vamos a trabajar en tal sector! ¡Vamos! le respondía porque a mí me daba pena que saliera mi papá y yo durmiendo. Desde ahí aprendí a cogerle cariño al trabajo comunitario y todavía lo sigo teniendo.

Los más viejos recuerdan que Ramón Rico desde las siete de la mañana encendía los altavoces, que la Junta de Acción Comunal había instalado en el colegio, para llamar a la gente a colaborar con la construcción de los muros, para pavimentar



demás, un lugar de memoria, donde se puede rescatar la tradición campesina, acercarse a una de las prácticas culturales, tan importantes, como el cuidado del jardín para ornamento de los hogares, y de la que se han ocupado hombres y mujeres por igual.

Doña Ofelia es una persona muy valiosa para la comunidad, la gente que viene es súper encantada con las explicaciones que doña Ofelia da, porque con ese estilo campesino, la forma como ella se desenvuelve, esa tranquilidad que ella tiene, porque acá viene mucha gente y esa forma de ser de ella hace que mucha gente se amañe y regrese de nuevo aquí a las Cuchillas, al museo de las flores.[6]

Este no es un museo donde se puedan encontrar objetos que hablen de la memoria nacional hegemónica, pero que se configura como una herramienta importante para reactivar las memorias locales, a partir del patrimonio en sus dimensiones tangible e intangible. Esas pequeñas historias locales que se van visibilizando con



iniciativas como estas. Este es un museo del pasado, de lo que en el presente queda de él, es un museo de la cotidianidad.

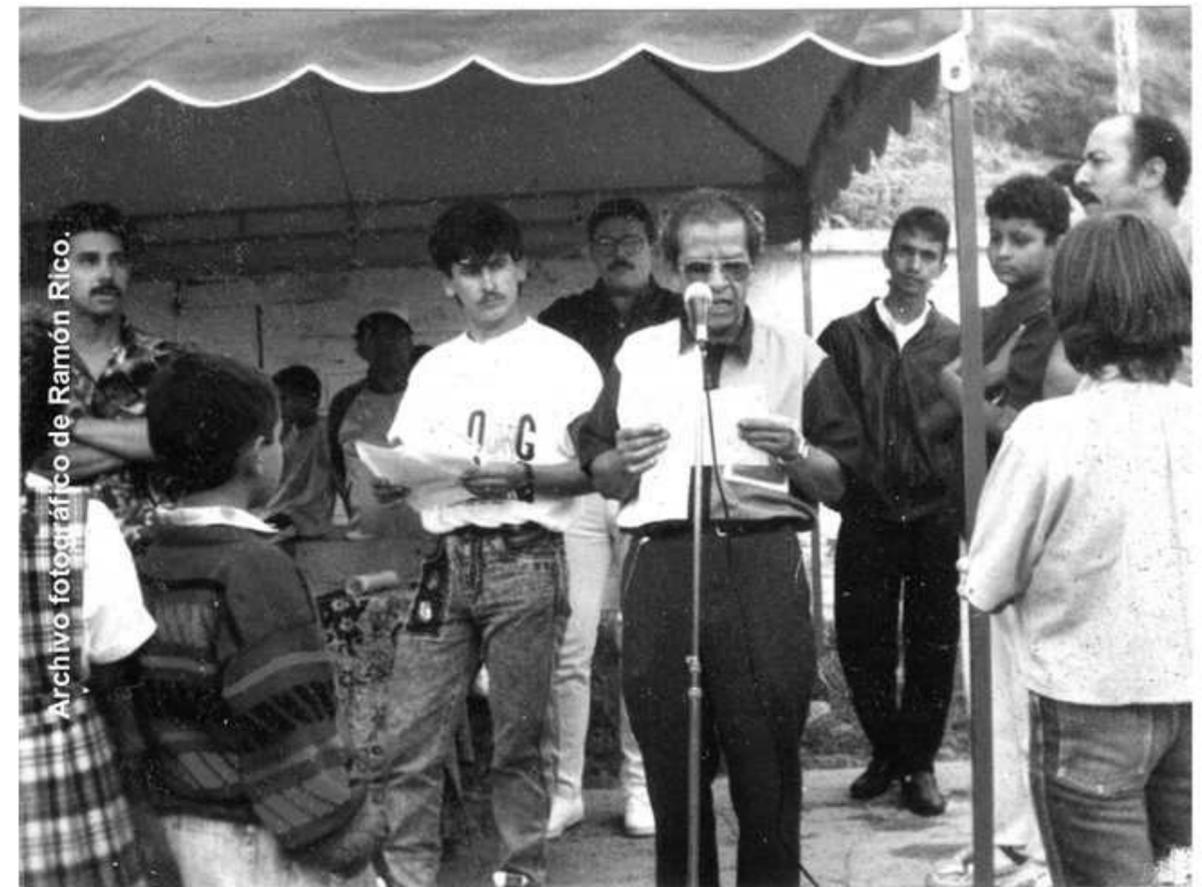
Con esta iniciativa, por supuesto, a María Ofelia le cambió la vida. Por ejemplo, en el último tiempo su historia ha sido relatada por los medios locales. A pesar de recibir a tanta gente, ella siempre tiene una sonrisa para volver a contar cómo es que se decidió a cambiarle la vida al corregimiento y a la ciudad,

Yo tenía siete años, y desde esa época, ya era amante y aficionada a las matas. Yo no podía ver una flor porque la guardaba en un libro, yo era loca por las matas, en una ollita viejita le abría huequitos y le sembraba maticas. Cuando eso sembraba matas de las orillas de la quebrada porque no había casi jardín, y entonces del poco jardín que tenía mi mamá yo le robaba piecitos para ver si me prendían y me prendían todos. De ahí siguió el amor por las flores. Yo venía de la escuela y ahí mismo a regar las maticas y cuando mis hermanitos me las dañaban yo tenía la



impulsos entre la gente eran distintos y cierta ansiedad por el futuro incitaba a los campesinos de ese entonces, a juntarse para arreglar un camino y hasta para pensar en una Junta de Acción Comunal.

Era 1972 cuando Ramón Rico regresó a Pajarito para quedarse de nuevo. Atrás estaban los juegos, los fogones de leña y las lámparas de higuera,



Ramón Rico en actividad comunitaria en la vereda Pajarito, corregimiento San Cristóbal.



años trabajó en una textilera, desde 1953 hasta 1983; también fue mensajero en la Clínica Soma, en el Hospital San Vicente de Paúl y en la fábrica Carteras Colombia, que funcionaba en Ayacucho con Palacé.

El joven Ramón en la ciudad Medellín de la década de 1950 era uno más de los que habían venido de los pueblos antioqueños a trabajar en la construcción de grandes obras como la del Ferrocarril de Antioquia y Amagá o a las nacientes industrias, centradas en las fábricas de textiles [10]. Medellín dejaba de ser una villa para convertirse en una ciudad, por lo tanto había que aprender a vivir en ella y Ramón, un joven del campo como muchos otros, aprendía a pasar las calles anchas con cuidado de no ser atropellado por los novatos conductores y a identificar los edificios altos para ubicarse.

Mientras tanto la vida en Pajarito cambiaba, aunque como de costumbre los pájaros cantaban desde temprano, la gente continuaba sembrando sus parcelas y los caminos seguían conectando la vereda con el corregimiento y la ciudad; pero los

pelea con ellos y me tenían que volver a sembrar más. Ya crecí, me casé y organicé la casa, toda en redonda le sembré de matas. [7]

En sus relatos parece advertirse una intención de dejar en el corazón de quien la escucha, el amor inmenso que le profesa a sus plantitas. Porque también allí cambia el sentido de vender y comprar. Para ella las maticas, como las llaman, son sus niñas, y nadie, por ocupada que ella esté, se puede ir sin la lista de recomendaciones para sus cuidados,

Seis años del invernadero, porque antes las plantas no me duraban. Yo tenía todo esto lleno pero las plantas no duraban florecidas, en verano se conservaban pero llegaba una lluvia y se morían todas las flores. Cuando yo vendo una matica me provoca volvérsela a quitar a la señora, me dan ganas de llorar. No quisiera que terminara el día, aunque me acuesto tan cansada...Hay tantas cosas por hacer, madrugo a las 4 de la mañana, termino por ahí a las 9 de la mañana de

regar, cuando ya desayuno me voy a sembrar los semilleros y después a fumigar, fumigo cada 20 días, y las que tienen poquita tierra las abono y ya las voy mimando, les converso. Las cuido como si fueran niñas, les quito las hojitas secas, las flores secas y las contemplo y ellas se ponen hermosas. Se me queman a veces las ollas del almuerzo, pero con tal es que las flores no se me mueran.

Para María Ofelia la jornada es larga, pues de tanto que tiene que hacer el día parece que no alcanza. No obstante, su esfuerzo se ve recompensado en el agradecimiento que le profesan hoy sus vecinos, los habitantes del corregimiento, y la Alcaldía de Medellín. En cada especie de flor que conserva, hay toda una historia de vida. Ha recolectado por lo menos 150 especies y las va vendiendo a medida que van llegando las visitas, aunque siempre precavida de no quedarse sin la especie.

Con el objetivo de visibilizar a su corregimiento, María Ofelia participó durante diecisiete años en la exhibición de plantas en el Jardín Botánico de Medellín, Joaquín Antonio Uribe, en el marco de la



de reverbero, que eran de tres puestos, tenía una plancha grande de metal y un horno de leña a un costado. [9]

En 1940 instalaron la energía eléctrica y ya no volvieron las noches alrededor de las lámparas de higuera y las risas provocadas por los chistes que entre los amigos se hacían camino al monte por la leña. Entonces las noches cambiaron en la vereda Pajarito.

Así como cambió la vida de Ramón cuando terminó quinto de primaria en la escuela rural, desde ese momento el destino de muchos jóvenes fue dedicarse a la vida agrícola, pero otra fue la suerte del entonces joven Ramón que aunque queriendo la tierra decidió viajar al centro de Medellín a continuar sus estudios. Su primera estación fue en el Instituto Cristóbal Colón, ubicado en San Benito, donde hizo hasta cuarto de bachillerato; la segunda estación fue en la Universidad de Antioquia donde durante tres años estudió Comercio y aprendió a mecanografiar en una máquina de escribir Remington. Situación que hizo el viaje a la ciudad permanente, pues por 30



son sus vecinos. Después de la escuela hacía sus tareas y de “ahí a trabajar en el corte, a sembrar legumbres, flores o a cuidar las gallinas y los cerdos”. Claro que en las tardes y los fines de semana había tiempo para jugar al yoyo, el trompo, la perinola, las bolas de cristal, los columpios que se balanceaban en los árboles y de vez cuando una pelota que conseguían para jugar en las mangas. Así creció el pequeño Ramón entre los juegos y aprendiendo de su padre los quehaceres de la agricultura y los cuidados de la vereda.

En ese entonces, los caminos de Pajarito eran pantanosos y la ruta era desde San Javier hasta Villa Campiña de Robledo en un camión escalera y de ahí subir a pie hasta la vereda. Las noches eran alumbradas con velas y unas lámparas que hacían los adultos con higuera y que Ramón con los demás jóvenes ensartaban en un alambre,

y de ahí le metíamos candela y con eso nos alumbrábamos, y se cocinaba con leña, que la buscábamos nosotros los jóvenes en las montañas vecinas, se cocinaba en fogones



feria de las flores. Empezó llevando unas pocas macetas y terminó con un centenar de plantas para ser mostradas. Normalmente las personas se interesaban y quedaban en visitarla a su casa en La Cuchilla para comprarle las plantas y llevarse sus secretos para el cuidado. Ella aclara que el secreto no es otro que la constancia, aprender a conocer las plantas, cómo se riegan, si son de sol o de sombra y tratarlas con mucho cariño.

Aunque tuvo siempre mucho éxito con su representación del corregimiento ya no quiere regresar al Jardín Botánico, pues siente que sus plantas sufren con el viaje, pues al regreso siempre están tristes y marchitas. Ella prefiere que vayan a verlas a su hábitat natural, que sea la gente la que se desplace, pues ella estará siempre dispuesta a recibirlos.

El legado de María Ofelia es para todos y todas. De su familia casi nadie, hasta ahora, ha manifestado querer seguir con el oficio, salvo una nietecita, que tal vez siguiendo el ejemplo de la abuela, repite la historia de esa niña de siete años cuya afición por las flores la llevó a



regalarle a la ciudad esta nueva concepción de museo. “Tengo una nietecita, Sarita, ella es la que va a llevar la herencia, porque a las hijas no les gusta, y ella me ayuda a sembrar en botellitas, en ollitas”.



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural



se hubiera complicado, habría sido llevada al hospital en una camilla artesanal, alzada entre varios de los vecinos por los caminos destapados y pantanosos.

El lugar en el que nació Ramón Rico se llama Pajarito, “según los antiguos porque abundan los pájaros que desde las cinco de la mañana están cantando” y entre sus habitantes es costumbre despertar con sus melodías. Para la época en que nació Ramón se sembraban en las casas y a lo largo de los caminos dos tipos de flores: “la extraña” y “la azucena” de 22 copas.

A la casa que llegó el pequeño Ramón era de bahareque, palos clavados en la tierra atravesados por caña brava o caña popa, como le llamaban, los pisos de tierra y los techos de paja, que se conseguía en la misma vereda. Una casa comprada por su padre, Francisco en 1923, al casarse con María Dolores y que heredaría a sus diez hijos.

Siendo Ramón más grandecito iba a la escuela rural de Pajarito, a unas cuantas cuadras de su casa, donde estudió con muchos de los que hoy



Era un trece de enero de 1931 y en la vereda Pajarito del corregimiento San Cristóbal el frío se metía entre las puertas de las casas y los pájaros anunciaban el día como de costumbre. Mientras las familias campesinas se preparaban para salir a la huerta, alimentar a los animales y llevar la rutina diaria, en la casa de Francisco Rico Gómez y María Dolores Álvarez de Rico la cotidianidad se rompía. Un hecho que todos esperaban había llegado. En la casa de bahareque y tapia había un silencio poco acostumbrado. Los dos hijos de la familia fueron llevados a jugar, mientras a María Dolores la preparaban en su alcoba, con sábanas limpias, las ventanas y puertas bien cerradas. Francisco iba de un lado para otro con cara de que algo importante sucedía. Unas cuantas horas después la partera de la vereda salió del cuarto a decirle que su tercer hijo había nacido.

Así fue como Ramón Rico llegó al mundo, en su casa y por las manos y la experiencia de la mujer que había ayudado a nacer a más de dos generaciones en el corregimiento, hecho que la hacía una mujer respetada y con cierta sabiduría entre las demás. Pero si el parto de María Dolores



Diariamente, María Ofelia va comprobando el poder de las palabras y de lo que se imprime en ellas. Mediante las palabras, ella se comunica con las plantas. En cierta tradición cultural, se relata que cuando se necesita disponer del espacio de un árbol para una obra, toda la comunidad se reúne alrededor del árbol llenándolo de insultos e improperios para que entienda que ya no debe vivir más allí. Entonces el árbol parece captar el mensaje que se imprime en la carga de los sentimientos y efectivamente su ciclo vital llega a su fin. Para muchos estas son sólo historias, cuentos que no tienen ninguna verificabilidad.

Pero, en la vida de ella, esto es una verdad tan grande que se ratifica todos los días con cada una de sus plantas. En su caso esto es totalmente cierto, aunque ella no las regaña para que se mueran sino, muy al contrario, para que se recuperen si están marchitándose.

Sí, se entristecen y una de regañarlas, ellas van como lentamente recuperándose y ellas parecen que oyen porque cuando yo me he separado, porque por enferma no



haya podido volver, las encuentro mal porque ellas saben quién las trata bien.

Visitar el Museo Vivo de Las Flores es una experiencia que vale la pena no perderse. Es vivir la experiencia de conocer a una persona cálida, generosa con su conocimiento, que no se guarda sus secretos profesionales para que se pierdan en su memoria, en su tiempo. Al contrario, María Ofelia procura por la transmisión de su saber, más que a sí misma, se reconozca al corregimiento y su aporte a la ciudad. Su casa, una casa hermosamente campesina, acoge a propios y foráneos para cumplir día a día este objetivo.

Al terminar la visita, doña Ofelia nos da un “hasta luego”, un “vuelvan” y la sonrisa característica de quien está acostumbrada a recibir visitas, pues así se lo enseñó la tradición. Con seguridad que uno regresa, antojado de adoptar una planta florecida y un bello estilo de vida.



Ramón Rico

la historia de un hombre y su lugar[8]



Fotografía: Ciudad Rural, Corporación Ecológica y Cultural

“Todos los hombres, aun los pocos imaginativos, acarician un ideal personal de felicidad...hay quienes aman la lucha compleja y peligrosa de la política y muchos tienen el proyecto, siempre latente y nunca llevado a cabo, de abandonar la ciudad y dedicarse a la vida ecológica del campo”.

Luis Tejada. Meditaciones ante una butaca.

